

¿Qué es el indigenismo haitiano?

Por Glodel MEZILAS*

La cultura es una de las primeras defensas de un pueblo que lucha por su sobrevivencia.

Jacques Stephen Alexis

Introducción

MI ENSAYO VERSA SOBRE UN TEMA que suena muy latinoamericano debido a que el indigenismo tiene una larga trayectoria en el proceso ideológico-político de esta región desde el quiebre de la oligarquía y su reemplazo por los gobiernos nacional-populares en los años treinta del siglo pasado.¹ Muchos libros fueron escritos sobre dicho fenómeno, considerado como una de las grandes ideologías en la región. Del paternalista, segregacionista e incluso racista indigenismo de la época colonial al de corte humanista del siglo xx, pasando por el literario y el romántico del siglo xix, este fenómeno ha desempeñado un papel relevante en las políticas asimilacionistas latinoamericanas. Sin duda alguna, la Revolución Mexicana de 1910 —fecha del desplome de la oligarquía en este país— es el punto de arranque de la problemática indigenista moderna, que cobra relevancia en el plano institucional y antropológico. Frente al indigenismo oficial surge el indianismo como un movimiento encabezado por los indígenas mismos. El discurso indianista o el neindigenismo critica el discurso indigenista paternalista de los blancos y mestizos sobre los indios. Por eso los indios, al mismo tiempo que quieren ser sus propios “amautas” (intelectuales orgánicos), pugnan por ser actores de su propia transformación. Rodolfo Stavenhagen muestra que los pueblos indígenas han surgido como nuevos actores políticos y sociales en América Latina, transformándose en

* Agregado cultural de la Embajada de Haití en México; e-mail: <mezilasg@yahoo.fr>.

¹ Marcos Roitman Rosemann, “Formas de Estado y democracia multiétnica en América Latina”, en Pablo González Casanova y Marcos Roitmann Rosemann, coords., *Democracia y Estado multiétnico en América Latina*, México, CUCH-UNAM, 1996; Raúl Benítez Zenteno, coord., *Clases sociales y crisis política en América Latina*, México, Siglo xxi, 1988; Gustavo y Hélène Beyhaut, *América Latina, III. De la independencia a la Segunda Guerra Mundial*, México, Siglo xxi, 1985; Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, *Historia de América Latina: una perspectiva sociológica histórica, 1880-2006*, Madrid, Dastin, 2006; Joan del Alcázar, Nuria Tabanera, Joseph M. Santacreu, Antoni Marimon, *Historia contemporánea de América Latina*, Valencia, Universidad de Valencia, 2003.

sujetos activos en vez de continuar siendo objetos pasivos del cambio histórico.² Por ello, los levantamientos de los zapatistas en 1942 y otras revueltas indias suscitan muchos debates, estudios y discusiones dentro de la intelectualidad latinoamericana.³

A diferencia del latinoamericano, el haitiano es un indigenismo sin indígenas o que connota un concepto metafórico de indígenas (los haitianos), en el sentido de que son los dueños del país frente a toda intervención imperialista. No remite a una “cuestión indígena”, una política oficial a favor de los indígenas.⁴ No es una corriente literaria que idealiza románticamente al indígena.⁵ No es tampoco la resignificación o la apropiación del concepto *indigenismo* desde el contexto geocultural haitiano o una política conservadora para aglutinar la identidad cultural de los indígenas y lograr la homogeneidad cultural y étnica de la sociedad bajo las pautas de la civilización occidental. El de Haití, se trata de un movimiento de liberación de la cultura popular: de ahí su expresión y su manifestación en los diferentes ámbitos de la expresión

² Rodolfo Stavenhagen, “Los pueblos indígenas: actores emergentes en América Latina”, en Martha Singer Sochet, coord., *México, democracia y participación indígena*, México, Gernika, 2007, p. 43.

³ Véase Arturo Warman, *Los indios mexicanos en el umbral del milenio*, México, FCE, 2002; José Bengoa, *La emergencia de la cuestión indígena en América Latina*, México, FCE, 2000; Eugene Gogol, *El concepto del otro en la liberación latinoamericana: la fusión del pensamiento filosófico emancipador y las revueltas sociales*, México, Juan Pablos, 2004; Raquel Barceló, María Ana Portal y Martha Judith Sánchez, coords., *Diversidad étnica y conflicto en América Latina*, México, UNAM, 2000; Gilberto López y Rivas, *Nación y pueblo en el neoliberalismo*, México, UNAM, 1995; Carlos A. Gadea, *Acciones colectivas y modernidad global*, México, UAEM, 2004.

⁴ Natividad Gutiérrez Chong destaca que “el indigenismo es una política gubernamental nutrida por una ideología que racionaliza y apuntala las políticas y acciones dirigidas hacia los indígenas, pero desde una perspectiva no indígena. Por ello, el indigenismo se define por la falta de aportaciones indígenas en su concepción inicial; más aún, es en el nivel gubernamental donde se formulan las políticas y los programas que se ponen en práctica en los pueblos indígenas”. Véase su libro, *Mitos nacionalistas e identidades étnicas: los intelectuales indígenas y el Estado mexicano*, México, UNAM, 2001, p. 129. Leopoldo Zea resalta que “el indigenismo [...] no tiene su origen en el propio indígena, en el indio de América. Su origen tiene una larga y compleja historia anterior a la misma acción de la independencia política de los pueblos latinoamericanos y parte de hombres que no son los propios indios. No es el mismo indígena que enarbola la bandera del indigenismo exigiendo el reconocimiento de su humanidad y ser aceptado en la comunidad de los dominadores, como iguales entre Estados”, Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso de liberación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 298.

⁵ Véase la novela de José Martiniano de Alençar, *El guaraní*, México, Porrúa, 1992. Es una novela publicada en 1857 en pleno auge del romanticismo brasileño. Ese romanticismo sufrió la influencia de Scott, de Chateaubriand y de los alemanes; véase también Manuel de Jesús Galván, *Enriquillo: leyenda histórica dominicana*, México, Porrúa, 1998.

⁶ Véase Adolfo Columbres, comp., *La cultura popular*, Puebla, Dirección General de Libros, 1987; *Comunicación y culturas populares en Latinoamérica*, México, Gustavo Gili, 1987; Néstor García Canclini, *Las culturas populares en el capitalismo*, México,

literaria.⁶ Es un movimiento que da preeminencia a la voz popular como depositaria de los valores nacionales.⁷ Es también la afanosa búsqueda de la identidad cultural nacional haitiana desde la revaloración de las herencias etnoculturales africanas que sobreviven en Haití tras la colonización, cuyo fin coincidió con la creación del Estado haitiano en 1804. El indigenismo haitiano supone la búsqueda de esta identidad al tiempo que coincide con el surgimiento del nacionalismo haitiano antiimperialista frente a la ocupación estadounidense de 1915. Así que el nacionalismo haitiano y el indigenismo son dos fenómenos concomitantes y complementarios.

Lo que comparte el indigenismo haitiano con los de América Latina es que son movimientos que surgen desde arriba. En América Latina se impulsó como política oficial por parte de los gobiernos, mientras en Haití fue un movimiento intelectual que, frente a la humillación de la ocupación, emprendió la tarea de replantear la identidad nacional a partir de un enfoque africanista. Por su parte, el campesino haitiano ha sido siempre indigenista en lo que respecta a la defensa de las tradiciones africanas. Lo que demuestra que el campesino no tuvo crisis de identidad como la élite decimonónica. Dicha crisis se refleja en el movimiento indigenista que trata de superarla.⁸ Desde la Colonia, los esclavos jamás olvidaron las costumbres de sus ancestros; las reconstruyeron estratégicamente a través del sincretismo. Frente a la imposibilidad de regresar físicamente a África, las reprodujeron por medio del cimarronaje, lo que Édouard Glissant llama “estrategia de rodeos”.⁹ A nivel religioso, esta estrategia da lugar al vudú, y a nivel lingüístico, al créole (la lengua nacional). El vudú y el créole son formas de cimarronaje religioso y lingüístico. Los dos se caracterizan por su interculturalidad, refiriéndose a la vez a las culturas europeas, africanas y prehispánicas. Son también dos formas de lucha del pueblo frente a las potencias hegemónicas. En la ceremonia de Bois Caïman de 1791, los esclavos

Nueva Imagen, 1994; Luigi M. Lombarda Satriani, *Apropiación y destrucción de la cultura de las clases subalternas*, México, Nueva Imagen, 1978; Hilda Varela Barraza, *Cultura y resistencia cultural: una lectura política*, México, El Caballito, 1985; Jean Casimir, *La cultura oprimida*, México, Nueva Imagen, 1980; Guillermo Bonfil Batalla *et al.*, *Culturas populares y política cultural*, México, CNCA, 2002.

⁷ Por eso, Roger Bastide destaca que el indigenismo haitiano ha sustituido la situación de clase por la situación total, la del país. Véase Michel Acacia, “Indigénisme et vision du monde rural”, *Conjonction. Revue Franco-Haïtienne de l’Institut Français d’Haïti* (Puerto Príncipe), núm. 198 (1993), p. 51.

⁸ En su libro clásico, *La vocation de l’élite*, Jean Price-Mars hizo a la élite responsable de los desastres del país. Por ello, la invitó a dejar de verse como europea bajos los trópicos haitianos y a defender la cultura popular: cuna de la identidad haitiana.

⁹ Véase Édouard Glissant, *Le discours antillais*, París, Gallimard, 1997, p. 48.

invocaron a los dioses vudú para la lucha de liberación nacional. Y dicha ceremonia se hizo en créole.

El indigenismo, al mismo tiempo que representó una fuente de resistencia cultural e ideológica a la ocupación norteamericana, replanteó las bases sociales, políticas y culturales de la nación. Con él se planteó la cuestión de la cultura nacional, la ciudadanía, los derechos culturales del pueblo haitiano y la necesidad de repensar la nación desde su especificidad cultural. Su articulación en el espacio político haitiano desde su surgimiento constituye un verdadero terremoto a nivel ideológico, político y social. Después del indigenismo surge otra manera de ver la cultura, la política, la literatura del país. Los escritores tienen otro tipo de relación con la sociedad y la cultura popular. Los artistas no pintan de la misma manera que antes. El vudú y el créole consiguen un lugar predominante en la producción literaria.

Durante mucho tiempo, el escritor tuvo como modelo la cultura occidental, negó la existencia de una cultura nacional, de una literatura nacional y no valoró la lengua nacional.¹⁰ Todo lo haitiano fue visto como bárbaro, primitivo y salvaje. No obstante, la lucha de liberación nacional se dio en el marco de esta cultura popular. Una lucha que se llevó a cabo contra una potencia extranjera. Se trató de una lucha antiimperialista donde un pueblo oprimido manifiesta su voluntad de acabar con una situación humillante y degradante. La movilización popular supuso la convergencia de las energías populares. Asimismo, supuso interpelar a sus mitos, sus dioses, sus leyendas, sus cuentos milenarios para cambiar el *statu quo*. Se trató de todo un abanico de simbolismo para hacer que lo real fuera racional conforme al proyecto de los actores sociales. Así, la referencia a los mitos apuntó a cambiar la irracionalidad de lo real caracterizado por la dominación de las fuerzas ocupantes. En el siglo XIX, la lucha nacionalista se dio a partir de las lenguas¹¹ y culturas nacionales. El nacionalismo que reivindicó la soberanía nacional partió de las costumbres y las tradiciones para movilizar las energías contra los imperios austriaco y otomano. La lucha por la construcción nacional se hizo desde una figura mítica, legendaria, que dio unidad y sentido a la acción, es decir, que le dio fundamento, orientación y principio. Lenin tiene razón al decir que hay que ver el folklore

¹⁰ Jean Baptiste Chenet escribió en 1842 para manifestar su latinidad y su amor por Francia: “Si Dios que me escucha en el espacio sagrado / viene un día a hablar al hombre, su imagen / hablará en francés: es ante todo su lenguaje”, véase León François Hoffmann, *Haití: couleurs, croyances, créoles*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1990.

¹¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas: reflexión sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 2006.

desde el punto de vista sociopolítico, como una ayuda para comprender las esperanzas y expectativas de las masas trabajadoras en el pasado.¹² En este marco debe ubicarse el movimiento indigenista haitiano. Es un movimiento cultural que reivindica la nación desde sus mitos, sus fábulas, sus leyendas, para rechazar y recuperar su soberanía violada por la intervención extranjera.

Para analizar este movimiento, proponemos abordarlo en tres partes: en la primera lo contextualizaremos históricamente, en la segunda trataremos de caracterizarlo, y en la tercera analizaremos su repercusión sobre la literatura, la pintura y la música popular.

Contexto del movimiento indigenista haitiano

PARA llevar a cabo nuestro análisis, enfatizaremos brevemente los contextos haitiano, europeo, latinoamericano y, en Estados Unidos, el movimiento afroamericano de la década de los veinte conocido bajo el nombre de Harlem Renaissance. En cuanto al contexto haitiano, los estudiosos reconocen que la ocupación norteamericana de Haití en 1915 fue detonadora y catalizadora del movimiento llamado indigenista,¹³ mientras en América Latina, la reivindicación de la “cultura americana” se dio a partir de la crisis europea en el marco de la Segunda Guerra Mundial.¹⁴ Por eso, es menester preguntarse lo siguiente: ¿por qué la ocupación norteamericana del país hizo surgir un movimiento cultural que reivindicó las raíces africanas de la cultura nacional? La respuesta nos parece sencilla: la literatura como fenómeno social evoluciona con la realidad histórica y política de todo grupo humano. Al respecto, en Jean-Paul Sartre encontramos la idea del escritor comprometido con su tiempo.¹⁵ La obra del escritor se hace eco de los desafíos de su sociedad. En este sentido, el nacimiento del movimiento indigenista se explica como una reacción cultural contra un hecho brutal: la ocupación norteamericana.

¹² Véase Robert Redfield, George Foster, Susana Chertudi *et al.*, *Introducción al Folklore*, Buenos Aires, CEAL, 1978, p. 103.

¹³ Véase Yves Allain, “Le mouvement indigéniste Haïtien”, en Claude Souffrant *et al.*, *Littérature et société en Haïti*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1991. Esta posición común de los críticos no implica que antes de esta fecha no hubo temas indigenistas en las obras poéticas haitianas. Además, el padre del movimiento en el país, Jean Price-Mars, desde el inicio del siglo dictaba conferencias sobre la necesidad de revalorar las herencias etnoculturales africanas.

¹⁴ Véase Tzvi Medin, *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, México, FCE, 1994, p. 167.

¹⁵ Véase Benoît Denis, *Littérature et engagement: de Pascal à Sartre*, París, Seuil, 2000.

Cabe recalcar que esta ocupación provocó controvertidas reacciones en el país: la clase burguesa la aplaudió al ver en ella la esperanza de garantía de paz y prosperidad, y los políticos esperaron enriquecerse; algunos parlamentarios la recibieron con los brazos abiertos; ciertos intelectuales, como Charles Moravia, dijeron que los norteamericanos no eran nuestros enemigos, que su intervención se hizo para impedir la instauración del despotismo en el país.¹⁶

Bajo la dirección de Charlemagne Péralte y de Benoît Batrville, otros tomaron las armas contra el ocupante, teniendo como referencia la lucha de liberación nacional de 1804. Estas dos figuras fueron emblemáticas de la resistencia armada y llegaron a movilizar a los campesinos para oponer una firme resistencia a la intervención norteamericana. Como el enemigo era superior, los guerrilleros haitianos fueron vencidos y ejecutados por las tropas norteamericanas. Por su parte, los campesinos fueron obligados a dejar el país y se dirigieron principalmente a Cuba y República Dominicana. A partir de 1920 empezó la emigración de haitianos a otros países.¹⁷

Después del fracaso del enfrentamiento armado, los nacionalistas continuaron la lucha a nivel político e ideológico.¹⁸ La prensa fue uno de los medios de que se valieron. Entre los periódicos que participaron denunciando las injusticias de las fuerzas ocupantes e informando y orientando a las masas están: *La Nouvelle Ronde*, *La Trouée*, *Le Petit Impartial*, *Le Courrier Haïtien*, *Stella*. Por esta razón, algunos de ellos fueron censurados. La aparición del periódico *Union Patriotique* creado por Georges Sylvain, un escritor muy conocido, desempeñó una función esencial en la movilización nacional. Sin embargo, fue la *Revue Indigène*, creada en 1927, la que daría un empuje a la movilización nacional contra la ocupación. Según Émile Roumer, uno de sus fundadores, el objetivo de esta revista consistió en seguir la lucha del jefe de la liberación del país en 1804, Jean Jacques Dessalines. Este último tuvo la idea de crear un imperio indígena en el país pero fracasó,

¹⁶ Suzy Castor, *L'occupation américaine d'Haïti*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1988, p. 75.

¹⁷ Véase Glodel Mezilas, "Inmigración y emigración: políticas y flujos", en Patrick Dahlet, ed., *Francofonía, hispanofonía y lusofonía: migración, mestizaje y creación, rostros de la francofonía*, México, Aldus, 2008, p. 35; Glodel Mezilas, "Les relations haïtieno-dominicaines", *Carrefours-débats* (Puerto Príncipe), vol. 3, núm. 1 (noviembre del 2000), p. 6.

¹⁸ Michel Labelle, "La force opérante de l'idéologie de couleur en 1946", en Cary Hector, Claude Moise y Émile Ollivier, coords., *1946-1976: trente ans de pouvoir noir en Haïti*, Montréal, Collectif paroles, 1976, tomo 1.

y Émile Roumer destacaba que los poetas quisieron continuar, por otros medios, dicho proyecto utópico.¹⁹

En el contexto anterior es menester rastrear el origen del concepto *indígena* en Haití. El uso de este término remonta a la época de la independencia en 1804. El ejército de liberación nacional que enfrentó las tropas de Napoleón Bonaparte se llamó “ejército indígena” para significar que los haitianos eran los dueños del país, recuperando la memoria colectiva de los primeros habitantes de la Isla. Un ejército indígena luchó contra un ejército extranjero, colonialista e imperialista. En este caso, el calificativo no se refiere estrictamente a los indígenas sino a los esclavos en lucha contra una potencia extranjera. Es un término nacionalista y antiimperialista e incluso bélico. Así, el imaginario indígena estuvo muy presente en ese tiempo. Por esta razón, Jean Jacques Dessalines rechazó para el país el nombre colonial de Saint Domingue o La Española, que designaba a toda la isla, para adoptar un término prehispánico: *Ayti*,²⁰ con lo cual reveló su intención de acabar con el colonialismo, la esclavitud, el imaginario colonial y la dominación francesa. Walter Mignolo destaca que el nombre *Ayti* marca la transformación histórica y epistémica introducida por la revolución y se aparta de la época de la esclavitud y el dominio imperial francés.²¹

Asimismo, en el Acta de Independencia del país, que fue el primer monumento literario por la manera en que fue redactada, aparecieron los términos “ejército indígena”, “ciudadanos indígenas”, “indígenas de Haití”.²² Esta constante repetición del calificativo *indígena* no carece de importancia simbólica. La memoria del violento genocidio de los indígenas estuvo muy presente en la lucha por la independencia. En la lucha contra el imperialismo francés de aquel entonces los haitianos cobraron conciencia de su situación de víctimas y explotados como los primeros habitantes de su tierra. En los años treinta del siglo XIX, algunos autores haitianos empezaron a estudiar la época prehispánica para mostrar la continuidad de la situación en que vivían los habitantes de aquella época y los haitianos de ese momento. En 1936 la primera

¹⁹ Véase Christophe Charles, *Dialogue avec Émile Roumer*, Puerto Príncipe, Christophe, 1992.

²⁰ El nombre prehispánico de la Isla se escribió así. Véase Jean Fouchard, *Regards sur le temps passé*, y *Langue et littérature des aborigènes d'Ayti*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1988.

²¹ Walter Mignolo, *La idea de América Latina*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 133.

²² Véase Bosrond Tonnerre, *Mémoires pour servir à l'histoire d'Haiti*, Puerto Príncipe, Éditions des Antilles, 1990, p. 30. Este libro recoge los textos que el autor escribió algunos meses después de la independencia nacional. Además, Bosrond Tonnerre fue el secretario privado de Dessalines y redactó el Acta de Independencia a petición de su jefe.

escuela literaria haitiana bajo la dirección de los hermanos Nau, criticó la imitación servil de autores franceses y exhortó a los escritores haitianos a inspirarse en las tradiciones nacionales. Según esa escuela, los escritores haitianos debían adaptar los modelos franceses a la realidad cultural y lingüística del país. En la misma época, Émile Nau publicó el libro *La historia del cacique*. Se trata de un texto que estudia la época prehispánica. Como él, Justin Lherisson, un novelista de principios del siglo XIX, trataba de construir una forma de lenguaje donde el créole y el francés se mezclaran y dieran un lenguaje nuevo. A lo largo de la historia nacional, específicamente en el plano literario o musical, los haitianos no dejan de referirse a la época prehispánica. Algunos nombres como Anacaona están presentes en sus obras.²³ Jacques Stephen Alexis, uno de los mejores novelistas haitianos del siglo XX asesinado por el totalitarismo duvalierista, elaboró sus cuentos a partir de figuras prehispánicas.

En este sentido el nombre *Revue Indigène* fue elegido para dicha publicación, no sólo por el imaginario prehispánico presente en el inconsciente colectivo haitiano sino porque éste remite también a la lucha contra el imperialismo y la dominación extranjera. Analizando los diferentes usos que han hecho del calificativo *indígena*, el crítico literario Maximilien Laroche resalta que los haitianos se reconocen indígenas cuando se trata de defender al país. En la época prehispánica, los indígenas no aceptaron la conquista o la invasión española; hubo muchos movimientos de rebeldía en los que Anacaona fue una figura sobresaliente. Por eso, la adopción del término *indígena* por los poetas de 1927 fue una elección que respondió a una dinámica sociocultural enraizada en el proceso histórico nacional.

Por otra parte, el surgimiento del indigenismo haitiano coincidió con algunos movimientos culturales internacionales. Por ello, vamos a presentar el contexto cultural europeo, la dinámica cultural en América Latina y, finalmente, los vínculos entre el movimiento indigenista y el renacimiento negro en Estados Unidos, conocido como Harlem Renaissance. En el plano europeo hay que decir que, desde finales del siglo XIX, la etnología cambió progresivamente la visión que los europeos tuvieron de las culturas africanas y no occidentales. La idea de relativismo cultural ganó terreno paulatinamente. Empezó a hablarse de la cultura africana como de una fuente de valores y tradiciones. Con las nuevas ciencias sociales y naturales hubo un “asalto a la razón”

²³ Véase Régis Antoine, *La littérature franco-antillaise: Haïti, Guadeloupe et Martinique*, París, Karthala, 1992.

occidental. Freud mostró el poder de las fuerzas inconscientes en la mente humana. La razón no es la parte más importante en los seres humanos. Asimismo, la mentalidad europea empezó a cambiar con los acontecimientos políticos como el surgimiento de una nueva potencia: Estados Unidos. En el plano de las ciencias exactas, la idea de la teoría de la relatividad de Einstein hizo entrar en crisis a la física clásica y puso en cuestión el determinismo que la caracterizó. Hubo todo un cambio de mentalidades, de percepciones sobre la realidad. Se trata pues de la quiebra de las certidumbres tradicionales.

Además, cabe resaltar que la Primera Guerra Mundial tuvo un efecto extraordinario sobre la forma de percibirse a sí misma de la civilización occidental, que había sido criticada desde la filosofía nietzscheana y la sociología de Max Weber con su concepto de desencanto del mundo, de racionalización de la sociedad moderna. En los años veinte, hubo muchas crisis en Europa: crisis de seguridad, restablecimiento de la paz después de la guerra, surgimiento de nuevos territorios, cuestiones económicas relacionadas con la recuperación posbélica, falta de confianza en la civilización occidental, crisis de las ideologías con el estallido de la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia que cambió la homogeneidad ideológica del sistema político europeo.

Frente a estas crisis, el arte volvía a ser el remedio. Asistimos al surgimiento del movimiento dadaísta, luego, el surrealismo y el cubismo. En 1918 Oswald Spengler publicó su libro *La decadencia de Occidente*, que mostró las debilidades de la civilización occidental. El surrealismo y el freudismo defendieron los poderes de la irracionalidad, las pulsiones, los instintos. Esto llevó al nacimiento de lo que se llamó “el negrismo”. Éste no es, como la negritud, un movimiento liberacionista del negro. No ve la situación de explotado del negro. No tiende a defender su identidad a través de la historia, o siquiera representa un movimiento de concientización. Más bien, es una visión idílica, romántica del negro frente a la crisis de valores occidentales. Es ante todo un discurso plástico por parte de una élite blanca destinado a otra élite blanca.²⁴

Colma un vacío ontológico surgido de la crisis civilizacional occidental. La guerra mundial constituyó un “asalto a la razón”, al orgullo occidental, y le obliga a replegarse sobre sí mismo y a valorar lo que había despreciado durante siglos. Es el mito del buen negro posterior al del buen salvaje de América, un buen salvaje que fue tema del ro-

²⁴ Jorge Schwartz, “Negrismo y negritud”, en Leopoldo Zea, comp., *Historia y cultura de la conciencia brasileña*, México, FCE, 1993, p. 66.

manticismo del siglo XIX en las obras de Bernardin de Saint-Pierre, de Chateaubriand etc. El negro aparece como un tema exótico que inspiró una cierta evasión existencial frente a la realidad trágica occidental. El culto al primitivismo se confundió con el culto a las culturas africanas, las cuales permiten renovar la vanguardia artística europea. Las máscaras polinesias y los fetiches africanos estuvieron de moda. Como lo señala Jorge Schwartz, en la época se publicaron estudios sobre las culturas primitivas (Taylor, Frazer, Lévy-Bruhl, Freud etc). Hubo muchas investigaciones etnológicas como las de Leo Frobenius sobre África. En las artes plásticas destacaron pintores como Picasso, Braque y Klee, quienes recurrieron al primitivismo africano en busca de fuentes.²⁵ En poesía, encontramos la *Anthologie nègre* (1921) de Blaise Cendrars. André Gide narra sus experiencias de viaje en *Voyage au Congo* (1927). Paul Morand publicó *Magie noire* y *Paris Tombouctou* (ambas en 1927) y Philippe Souppault *La nègre* (1929).²⁶

En el plano regional, no se puede menospreciar que desde la Revolución Mexicana de 1910, la cuestión indígena se formuló como una promesa referente a la “reconstrucción nacional”; dicha perspectiva se vinculó con cierto nacionalismo por parte de los gobiernos posteriores a dicha revolución y lo condujo a que, a lo largo de los años veinte, del debate sobre los indigenistas resultara una escuela mexicana de antropología. Como en Haití, donde hay una escuela de antropología que surge en el marco del estudio de la cultura nacional, en América Latina el indigenismo da lugar a los estudios antropológicos sobre los pueblos indígenas. Además, puede notarse que desde 1918 hubo en la región lo que Jean Franco llama la “vuelta a las raíces”, es decir, el nacionalismo cultural.²⁷ Esta perspectiva fue una reacción al arielismo que había enfocado la cultura latinoamericana desde la hispanidad. También recuperó las tradiciones hispánicas en la región. La generación arielista se caracterizó por su aristocracia intelectual. Las tradiciones indígenas fueron marginadas. En cambio, a partir de 1918, se pone en entredicho el modelo occidental de civilización como cúspide de los valores humanos. Se trata entonces de pensar la realidad cultural regional desde su propia historia. Por eso, se buscó integrar a todos en la sociedad: campesinos e indígenas, por ejemplo.

En aquel entonces, surgió una nueva sensibilidad artística que se manifiesta mediante la pintura mural de Diego Rivera, José Clemente

²⁵ *Ibid.*, p. 65.

²⁶ *Ibid.*, p. 66.

²⁷ Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 79.

Orozco etc. Estos pintores se inspiraron en las fuentes prehispánicas, lo cual implicó una idealización del indio y del pasado prehispánico. Lo importante era lo indígena y no lo español. Los indios fueron héroes míticos. Ya no se trataba de oponer civilización y barbarie como lo pensó Domingo Faustino Sarmiento sino de valorar las tradiciones prehispánicas como fuente de orgullo nacional y nacionalista. El muralismo mexicano fue un arte revolucionario. Y esto se explica aún más cuando sabemos que pintores como Diego Rivera fueron marxistas. El arte se puso al servicio del ideal revolucionario, del cambio social. Los muralistas mexicanos identificaron lo nacional con lo indígena. Fue sistemático un cambio de sensibilidad. De igual manera, en Haití el marxismo tuvo una fuerte atracción sobre los indigenistas hasta llegar a una cierta simbiosis entre indigenismo y marxismo. En este sentido, lo folklórico, lo popular y lo nacional cobraron una importancia excepcional. Cabe mencionar también que, en el caso latinoamericano, la poesía negrista tuvo una fuerte repercusión sobre las producciones indigenistas. Al lado del indígena, la figura del negro estuvo presente, aunque con menos visibilidad, y no fue objeto literario en toda la región. Brasil y Cuba fueron los países que más lo abordaron, bajo la denominación de poesía afrocubana, poesía afroantillana, poesía negra, poesía mulata poesía negroide. En 1923 el escritor brasileño Oswald Andrade pronuncia una conferencia en la Sorbona de París y allí afirma que en Brasil el negro no es un elemento exótico sino un elemento realista. De igual manera, el escritor uruguayo Alberto Zum Felde destaca que en Francia el negro es exótico, pero en el Río de la Plata es nativo. Tan nativo como el indio y el gaucho. Sin embargo, hay que subrayar que pese a la latinoamericanización del marxismo por José Carlos Mariátegui, este último no sabía valorar al negro. Al contrario, se inscribe en la tradición de Sarmiento y expresa su racismo frente a los descendientes africanos y chinos en Perú. En algunos países se llega a la valoración de las culturas africanas. Es el caso de Argentina y Brasil con el tango y la samba: los dos ritmos de origen africano. En su estudio sobre las modernidades primitivas, Florencia Garramuño muestra cómo el tango y la samba vuelven a ser parte de la identidad argentina y brasileña después de su desvaloración y su desprestigio.²⁸ La autora señala que “para 1920, ese proceso de conversión de lo primitivo en moderno parece completado para el tango”.²⁹ El título de su libro es muy sugerente: demuestra cómo de lo primitivo

²⁸ Florencia Garramuño, *Modernidades primitivas: tango, samba y nación*, México, FCE, 2007.

²⁹ *Ibid.*, p. 60.

pasamos a lo moderno. Este cambio de visión surgió sobre todo en los años veinte, bajo el empuje del negrismo.

Pasemos ahora a abordar las coincidencias entre el indigenismo haitiano y el movimiento del renacimiento negro en Estados Unidos. Entre los movimientos culturales en América Latina ha habido intercambios, y el caso de los negros norteamericanos y los intelectuales haitianos no fue la excepción. Con el Harlem Renaissance en Estados Unidos, los vínculos entre los dos países se reforzaron. Ante todo, debemos decir que este movimiento se manifiesta en la poesía negra norteamericana. Durante mucho tiempo, en Estados Unidos los negros fueron despojados de todo. Si uno lee el libro de Tocqueville sobre la democracia en América puede darse cuenta de la inmensa barrera que separa las tres razas identificadas por el autor: indios, negros y blancos.³⁰ En Estados Unidos no hubo relación entre las etnias, según el sociólogo francés, pese a los progresos de la democracia. A lo largo de su existencia, los negros conocieron la miseria, la explotación y la dominación. A finales del siglo xix empezaron a organizarse para luchar contra la discriminación y la exclusión y defender la idea de una cultura africana. Las figuras de Burghardt du Bois y de Marcus Garvey fueron sobresalientes. Su compromiso con la causa de los negros fue manifiesto. A lo largo del primer cuarto del siglo xx, los negros en Harlem —una zona en Nueva York donde se encuentra la mayoría de negros— empiezan a organizarse culturalmente y a defender la grandeza de las civilizaciones africanas admiradas por los artistas occidentales. Este renacimiento, como lo indica René Piquion, fue a la vez racial y proletario. Después de tres siglos de opresión, el negro americano restableció sus vínculos con África madre para cantar sus esplendores pasados, exaltar sus héroes, evaluar y valorar su cultura.³¹ Así, el jazz y los *spirituals* hicieron irrupción en la escena cultural. Alain Locke y Du Bois pueden ser considerados como los padres de este renacimiento. Los autores enfocan la condición general del negro. La injusticia de que es objeto y la privación de sus derechos civiles y políticos son los temas centrales de su poesía. Algunos de sus poemas fueron publicados en la *Revue Indigène* de 1927 en Haití. De igual manera, los encuentros entre intelectuales haitianos y poetas negros en Estados Unidos fueron frecuentes. Como ejemplo, Langston Hughes viajó a Haití por considerar a ese país como cuna de la negritud.³² Así fue que el movimiento de los negros americanos tuvo gran repercusión sobre la

³⁰ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México, FCE, 2005.

³¹ René Piquion, *Ébène: essai*, Puerto Príncipe Henri Deschamps, 1976, p. 109.

³² *Ibid.*, p. 132.

literatura haitiana de los años veinte. Los poemas de Langston Hughes, Countee Cullen y del jamaicano Claude McKay tuvieron una importancia capital en Haití.

Características del indigenismo haitiano

INTENTAR caracterizar al indigenismo haitiano no es una tarea fácil puesto que desde su surgimiento a raíz de la ocupación norteamericana se encuentra entrecruzado con muchos procesos ideológicos en el país. Al lado del marxismo, esta corriente representa una de las grandes ideologías nacionales.³³ Por lo tanto, asocia otras tendencias ideológicas muy presentes a lo largo y ancho de la historia intelectual del siglo xx haitiano, como el “mulatismo” y el “negrismo”. El primero se funda en la exclusión social y política y el segundo, en la exclusión política.³⁴ Cada una de estas tendencias se basa en el fundamentalismo del color como elemento característico de la lucha política, y refleja los altibajos de la vida social y cultural haitiana. La problemática del color fue vista como un tipo de colonialismo interno en el país. Es ante todo un legado de la colonización. Hannibal Price sostiene, al inicio del siglo xx, que es el blanco el que creó el prejuicio del color para su dominación.³⁵ De ahí se puede relacionar su pensamiento con la idea de colonialidad del poder elaborada por Aníbal Quijano.³⁶

Entre los intelectuales hay una diversidad de posiciones teóricas referentes a las características de este movimiento. En un interesante artículo, Lyonel Trouillot, el gran novelista haitiano, destaca que en el siglo xx dos grandes ideologías atravesaron el pensamiento intelectual haitiano: el indigenismo y el marxismo. Estos dos paradigmas, dice Trouillot, son acompañados de un abanico de derivaciones, reducciones y mentiras. Mediante el indigenismo, el intelectual se autoproclamaba como portavoz del Otro al que pretendía representar en su narración y discurso.³⁷ Según Trouillot, el indigenismo aborda desde un punto de vista culturalista la cuestión de la ciudadanía haitiana. Busca construir la haitianidad e identificar un denominador cultural común para

³³ Véase Lyonel Trouillot, “L’intellectuel haïtien face à la tentation de l’Occident”, *Lire Haïti* (Puerto Príncipe), vol. 1, núm. 1 (septiembre-diciembre del 2000).

³⁴ Véase Pierre Buteau, “Où sont les gardiens de la cité”, *Lire Haïti* (Puerto Príncipe), vol. 1, núm. 1 (septiembre-diciembre del 2000).

³⁵ Véase Léon François Hoffmann, *Haïti, couleurs, croyances et créole*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1990, p. 82.

³⁶ Véase Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales: perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2005.

³⁷ Trouillot, “L’intellectuel haïtien face à la tentation de l’Occident” [n. 33], p. 47.

fundar la ciudadanía. Por eso, es una forma de esencialismo.³⁸ Con el indigenismo, la cuestión del color tendrá una nueva conceptualización. La idea consistirá en restablecer las culturas africanas como “núcleo mítico-ético” de la civilización haitiana.

Max Dominique, destacado crítico y conocedor del indigenismo haitiano, subraya que éste remite a una identidad perdida y recuperada, a la recolección pacífica del legado y las raíces, a la coincidencia consigo mismo, que elimina toda máscara enajenante.³⁹ Por otra parte, podemos caracterizar ese indigenismo con esta expresión de Jean-Price Mars, su gran ideólogo: “Que seamos nosotros”. Se trata de un movimiento interior en donde el sujeto se acepta como tal sin caer en ningún bovarismo cultural. En este punto, podemos acercarnos al pensamiento de Price-Mars al de dos mexicanos, el filósofo Samuel Ramos y el antropólogo Guillermo Bonfil Batalla. El primero en su clásico libro denuncia el bovarismo cultural de los mexicanos,⁴⁰ como Jean Price-Mars lo hizo en el caso haitiano. El segundo permite descubrir el México profundo.⁴¹ Como ellos, Jean Price-Mars invita a los haitianos a no tener miedo de sus tradiciones. Al contrario, hay que valorarlas y defenderlas como expresión de su autenticidad y su identidad profunda. Se trata de un regreso sobre sí mismo y del surgimiento de la verdadera identidad. Esta búsqueda de sí puede ser comparada al estadio del espejo del que habla Jacques Lacan al referirse al niño que logra separarse del mundo de su madre para ser él mismo. El *yo* surge a partir de su separación del otro. Fichte dice que el *yo* surge a partir de la oposición con el *no yo*. Puede referirse también al mito de la caverna de Platón donde uno de los prisioneros deja la caverna para ver la luz y descubrir que había tomado la imagen del sol por el sol. El indigenismo permite al haitiano salir de la caverna de la enajenación y descubrirse. Asimismo, la metáfora de Ulises puede servir. A pesar de su largo viaje, Ulises regresa a casa y es fiel a su esposa. Como él, el indigenismo permite al haitiano regresar a su casa para descubrir su verdadero ser. Ésa es la razón de que la temática del regreso esté muy presente en la literatura caribeña. El libro de Aimé Césaire, *Cuadernos de un regreso al país natal*, es muy sugerente. Regresar al país natal es reencontrarse, deshacerse de toda máscara. En su novela clásica *Gouverneurs*

³⁸ Lyonel Trouillot, *Haiti, (re) penser la citoyenneté*, Puerto Príncipe, HSI, 2001, p. 27.

³⁹ Max Dominique, *Esquisses critiques*, Puerto Príncipe, Mémoire, 1999, p. 29.

⁴⁰ Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, México, Espasa Calpe, 1992 (col. Austral).

⁴¹ Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada*, México, Conaculta, 2001.

de la *Rosée*, Jacques Roumain, otro miembro de la *Revue Indigène*, muestra que, cuando Manuel, personaje principal, regresar a su pueblo, sus padres hicieron una ceremonia vudú para reintegrarlo a la tradición.⁴² En este sentido, la idea del regreso marca la necesidad de conservar sus tradiciones y sus costumbres. Édouard Glissant destaca que la pulsión del regreso fue la marca característica de la población africana llegada a las plantaciones coloniales. Esta pulsión tiene que ver con la más profunda búsqueda del arraigamiento.

En Haití, la afanosa búsqueda de sí mismo, sus valores y sus costumbres implica un cambio de paradigma en cuanto a la manera de ver el mundo.⁴³ Antes de 1915 el intelectual haitiano se veía en el espejo occidental y a partir de la valoración de la cultura y la civilización occidentales buscó su identidad. Por eso, Dantès Bellegarde, un reconocido intelectual haitiano de la primera mitad del siglo xx, destaca en 1928 que existen dos Haití: un Haití de la élite y un Haití de las masas. No hay comunicación entre ambos. Son dos pueblos que viven en el mismo territorio, hermanos por la sangre, extranjeros por el espíritu. La élite se identificó con la cultura francesa, sin embargo, a partir de la ocupación, el haitiano se miró desde el interior de su conciencia.⁴⁴ La élite se puso a hacer una reevaluación crítica de los valores que condujeron el país al desastre. Se trata de una autocrítica que reviste la forma de una toma de conciencia que implica “una clara idea de sí mismo”.⁴⁵ Por eso, la élite dejó de vivir “cómodamente cobijada por la sombra del árbol de la cultura europea”. Gracias al indigenismo logró la autoconciencia que le permitió deshacerse de la máscara occidental para regresar al país profundo. Se puede comparar este cambio psicológico con el proceso fenomenológico del espíritu del que nos habla Hegel. Después de su larga marcha, el espíritu logra la autoconciencia de sí y escapa a toda enajenación.

Yanick Layens señala que el indigenismo crea un discurso que se da a la ambiciosa tarea de diseñar los contornos de una identidad siem-

⁴² Jacques Roumain, *Gouverneurs de la Rosée*, Puerto Príncipe, Collection du Bicentenaire, 2004.

⁴³ Thomas Kuhn subraya que todo cambio de paradigma implica un cambio en la visión del mundo. Del paradigma eurocéntrico se pasa al paradigma afrocéntrico, lo cual conlleva un cambio en la mirada sobre sí mismo y sobre los demás.

⁴⁴ Maximilien Laroche, *Littérature haïtienne: identité, langue, réalité*, Puerto Príncipe, Mémoire, 2001, p. 30; y del mismo autor, *L'avènement de la littérature haïtienne*, Puerto Príncipe, Mémoire, 2001.

⁴⁵ Leopoldo Zea muestra que tener conciencia de sí implica una comprensión histórica. El concepto de conciencia ocupa un lugar fundamental en su filosofía respecto de la historia americana. Véase *América como conciencia*, México, UNAM, 1983.

pre renuente a dejarse aprehender.⁴⁶ Definir la identidad haitiana antes de la ocupación norteamericana del país resultaba muy difícil porque la clase intelectual se identificó con los valores occidentales. Sin embargo, esa misma élite, frente a la humillación de la ocupación norteamericana, cambia de comportamiento y decide revalorar la cultura nacional. El libro que le sirvió de guía fue escrito por el antropólogo haitiano Jean Price-Mars: *Ainsi parla l'oncle* (1928).⁴⁷ Ese autor incitaba a los haitianos a inspirarse en el folklore y la sabiduría populares cuya base es África. Su figura fue fundamental porque en el *Manifiesto* de los escritores de la *Revue Indigène* no hubo referencia a África sino a la Francia moderna.⁴⁸

Price-Mars sostiene que “todo lo que es auténticamente indígena —lengua, costumbres, sentimientos, creencias— vuelve a ser sospechoso, lleno de mal gusto ante los ojos de la élite. Su libro fue visto como un manifiesto por Gérard Pierre-Charles.⁴⁹ Para Maximilien Laroche, *Ainsi parla l'oncle* es el reflejo de la nueva actitud del haitiano hacia sus valores, sus orígenes y sus raíces. Así, el indigenismo implica una revolución mental. En opinión de Gislain Gouraige, especialista en literatura, el indigenismo tiene que ver con la inquietud racial que caracterizó las relaciones entre Haití y el mundo exterior desde el siglo XIX. Destaca que la cuestión racial fue el obstáculo que impidió que Haití fuera reconocido en la escena internacional. Por eso, la élite haitiana a lo largo del siglo XIX no se identificaba como negra. En este contexto Gouraige ubica el regreso a África que proclama el indigenismo. Según él, frente a la humillación, la vía occidental ha sido agotada, lo cual provocó un cambio de actitud mental.⁵⁰

Lyonel Trouillot reconoce que el indigenismo no puede abordarse fácilmente. Se le caracteriza en cuatro niveles: el primero se refiere al nivel literario, es la dimensión estética en la poesía; el segundo es el cultural, donde se trata de “decir la cultura haitiana”; el tercero es el nivel científico, con énfasis en la etnología y la antropología; el cuarto tiene

⁴⁶ Yanick Layens, *L'exil. Entre l'ancrage et la fuite: l'écrivain haïtien*, Puerto Príncipe, Henri Deschamps, 1990, p. 14.

⁴⁷ Según Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant, este libro anuncia una nueva senda de las letras criollas. Véase su libro colectivo, *Lettres créoles*, París, Gallimard, 1999, p. 117.

⁴⁸ Dominique, *Esquisses critiques* [n. 39], p. 52.

⁴⁹ Gérard Pierre-Charles, *Radiographie d'une dictature*, Montreal, Nouvelle Optique, 1973, p. 31.

⁵⁰ Véase Allain, “Le mouvement indigéniste haïtien à travers les critiques”, en Souffrant *et al.*, *Littérature et société en Haïti* [n. 13], p. 33.

que ver con el programa político, es la dimensión ideológica.⁵¹ A diferencia del punto de vista de Trouillot, Maurice Levèque reduce el indigenismo a dos grandes momentos. El primero es el literario que supone una ruptura radical con la vieja manera de hacer literatura en el país: es la exploración de una nueva estética. El segundo momento es la lucha en el plano político: es la idea de que la nación haitiana debe crear su propia identidad a través del regreso a sus propias fuentes.⁵²

Sin embargo, nos parece más cercano a la realidad histórica el punto de vista de Pierre Buteau. Este último considera que hay tres grandes momentos en el indigenismo. Primero, el cuestionamiento esencialmente estético que se realiza desde la *Revue Indigène* en 1927; segundo, una crítica antropológica con el Grupo Les Griots; y tercero, un momento político, constituido por la desviación del movimiento hacia la política, especialmente hacia el régimen duvalierista. Pese a todo, los autores reconocen que el punto de partida del indigenismo es ante todo una voluntad de ruptura que se lleva a cabo en los planos poético, cultural y antropológico. Generalmente Buteau ubica esta ruptura en el plano cultural. Destaca que con el indigenismo la problemática cultural haitiana se plantea a nivel de las instituciones. Resalta que en Haití la revuelta indigenista encuentra su anclaje en esta forma de perversión: la exclusión sistemática de la cultura popular de los lugares formales del Estado y de la totalidad de las instituciones de la sociedad civil, desde 1804 hasta la ocupación norteamericana.⁵³ Michel Acacia relaciona esa voluntad de ruptura del indigenismo con la valoración del mundo rural. Para él, el mundo rural ocupa un lugar esencial en el indigenismo. Cuestiona la situación campesina y su configuración cultural. El indigenismo otorga un especial peso a la realidad sociocultural del campo, lo cual constituye una toma de conciencia respecto de la cultura nacional. El movimiento indigenista, dice Michel Acacia, logra imponer a las élites los códigos del folklore y las prácticas sociales de los campesinos.⁵⁴

⁵¹ Véase el número 198 de la revista *Conjonction* [n. 7], totalmente dedicado al indigenismo. Hay un diálogo muy enriquecedor entre algunos intelectuales sobre lo que es este movimiento.

⁵² *Ibid.*, p. 112.

⁵³ Pierre Buteau, “Une problématique de l’identité”, *ibid.*, p. 13.

⁵⁴ Véase Acacia, “Indigénisme et vision du monde rural”, *ibid.*, p. 52.

*Influencia del indigenismo sobre la literatura,
la música y la pintura*

EN sus inicios, el indigenismo fue un movimiento literario provocado por la ocupación de 1915. La *Revue Indigène* que le dio nacimiento reunió esencialmente a poetas como Émile Roumer, Normal Sylvain, Carl Brouard, Jacques Roumain, Daniel Heurtelou.⁵⁵ Se trata del nacimiento de la “moderna” literatura haitiana. El calificativo de *moderno* no se refiere a la conocida visión occidental de Baudelaire sino a una voluntad de ruptura con la imitación de los autores occidentales y el deseo de construir un universo literario según los códigos de la tradición nacional. Se trata del nacionalismo cultural y estético. Los autores pusieron en entredicho la versificación clásica, la prosodia, las reglas clásicas como las enunciadas por Nicolas Boileau en su “Art poétique” en el siglo XVII. Esta literatura rompió con los hasta entonces procedimientos tradicionales de hacer poesía en el país.

Se trata de una revolución mental que se manifiesta a nivel poético. La consigna del movimiento fue dada por Normal Sylvain en estos términos: “la verdadera poesía, la encuentro en las canciones negras que acunaron nuestra infancia [...] las canciones lentas y dulces con ritmos tranquilizadores”.⁵⁶ A partir de estos principios, el escritor busca la autenticidad, la sinceridad; sus obras no son reflejo de la estética occidental sino que nacen de su interacción dialéctica con la realidad cultural y lingüística de su país. Un autor clásico, Léon Laleau, expresa el drama del escritor haitiano a la hora de escribir en francés:

Este corazón obsesivo, que no corresponde
con mi lenguaje y mis costumbres,
y sobre el cual muerden como un gancho,
sentimientos extranjeros y costumbres
de Europa, ¿siente usted este sufrimiento
y esta desesperanza incomparable
de domesticar con palabras de Francia
este corazón que me viene de Senegal?⁵⁷

El poeta haitiano expresa el drama que enfrenta toda la literatura nacional desde su nacimiento hasta la actualidad. Se pregunta cómo pue-

⁵⁵ Dieudonné Fardin, *Histoire de la littérature haïtienne: panorama du mouvement indigéniste*, Puerto Príncipe, Fardin, 2002, tomo v, p. 34.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ Véase Maximilien Laroche, *Littérature, langue et identité*, Puerto Príncipe, Mémoire, 2001, p. 51.

den expresarse los sentimientos más profundos con autenticidad y sinceridad mediante una lengua extranjera. El movimiento indigenista busca una solución “analógica” para utilizar el calificativo del filósofo mexicano Mauricio Beuchot. Una solución analógica es intermediaria y permite superar los extremos. Es una solución de *phronesis*, de prudencia. Lo que hace el indigenismo es adaptar el francés a la realidad sociocultural nacional haitiana, y esto da lugar a lo que el lingüista haitiano Pradel Pompilus llama un lenguaje franco-haitiano.

Sin duda alguna, una de las innovaciones del indigenismo a nivel estético consiste en permitir un uso sincrético entre la lengua haitiana y la lengua francesa. Desde este movimiento, no sólo hay un uso simbiótico entre ambas lenguas sino que con frecuencia los escritores aprenden a utilizar la lengua créole. Por eso, Maximilien Laroche habla de la emergencia de la voz popular en la literatura haitiana. De 1804 a 1950, los escritores haitianos casi no utilizaron la lengua haitiana por cuestiones de discriminación heredadas de la tradición occidental. Sin embargo, hubo algunos intentos como los del poeta Oswald Durand, quien escribió el mejor texto en créole a finales del siglo XIX y los de Georges Sylvain, que tradujo al créole algunas fábulas de La Fontaine. En los años cincuenta, el uso del créole se generaliza con escritores como Félix Morisseau Leroy. Esta tradición de creación en créole persiste, y con la publicación de la novela *Dezafi* de Franketienne en 1975, la primera en lengua vernácula, el haitiano —preferimos decir como lengua del país puesto que todo el mundo la habla sin distinción— es aceptado y preferido en la producción literaria del país.

Asimismo, con el indigenismo, nuevos temas fueron tratados en la literatura: la ocupación, África, el país con su religión, su pueblo etc. A diferencia de las obras literarias de los periodos anteriores, las novelas indígenas son comúnmente llamadas novelas campesinas porque tratan la realidad de dicho sector con todos sus problemas, sus desafíos, sus dificultades económicas, sus creencias, sus mitos y sus leyendas. Se trata del descubrimiento del país profundo, que está fuera de la ciudad. Antes del indigenismo, la novela haitiana fue influida por la corriente realista francesa, que abordaba temas urbanos y no campesinos. Con el indigenismo, el héroe central es siempre un campesino. La novela indígena trata de buscar los medios para rehabilitar a los haitianos y a Haití. Entre este género de novelistas podemos mencionar a Milau Rigaud, Pétion Sylvain, Maurice Casséus, Jean Baptiste Cinéaste, Pierre y Philippe Thobby Marcelin. En la mayoría de los casos sus novelas se inspiran en el vudú. En cuanto a los dramaturgos, siguen inspirándose

en la historia nacional. Encontramos entre ellos a Dominique Hyppolite, Frédéric Burr-Raynaud, Stephen Alexis etcétera.

Por otra parte, el movimiento indigenista permitió la explosión de la música popular cuyo centro de gravitación es el imaginario vudú. La emergencia de la música popular estaba estrechamente relacionada con la idea de revalorar todo lo que es folklórico, indígena, popular. La “submúsica” salió de su marginalidad y su exclusión social para ocupar un espacio nuevo en la dinámica cultural nacional. De este modo, se trataba de reemplazar la música de origen extranjero por la música nacional, tradicional, local y popular. Gracias al indigenismo, se escucharon canciones que datan de la época colonial, una música de resistencia cultural, de lucha contra el sistema colonial y que se desarrolló en las grandes plantaciones de azúcar. Dicha música se vinculaba con los ritos vudú y expresaba las quejas populares, la alegría, la tristeza y el dolor de la gente. Es una música que la burguesía también comienza a valorar, a escuchar en sus ratos de diversión. A partir de los años cuarenta, esta música ganó los espacios urbanos. Hubo música de salón, callejera y de todo tipo. Los músicos que sobresalieron fueron muy numerosos, como Guy Durosier, Rodolph Legros, Félix Guignard, Antalcidas Murat, Luman Casimir etc.⁵⁸ La eclosión de la música folklórica se vincula con las medidas gubernamentales para atraer al turismo. Por eso se crearon muchas discotecas como Ibo Lélé, Cabane Choucouné, Palladium Night Club, Riviera Hotel etcétera.

Esta explosión de la música popular demuestra que el pueblo lleva la música en la sangre. Esto conduce a Price-Mars a definir así al haitiano: “un pueblo que canta, baila y llora”. Hablando de que en Haití a la gente le gusta bailar, Suzanne Comhaine Sylvain destaca que a menudo mujeres del pueblo suelen negarse a bailar simplemente porque el primer tambor no está afinado o acordado de manera a guardar el intervalo requerido por los otros dos, diferencia que es casi imperceptible para un músico. Asimismo, los antropólogos resaltan que los haitianos desarrollan, en relación con la danza, una técnica corporal propia que les permite desatar sus espíritus y llegar a una liberación total. Sus danzas son múltiples: africanas, occidentales y modernas. Y en función de la situación, pueden ser sagradas o profanas. Las danzas profanas son de origen occidental y criollo como la contradanza, el valse, el merengue etc. Las danzas sagradas se practican en los cultos afroamericanos. Su origen es criollo y africano.

⁵⁸ Jean Coulanges, “Indigénisme et musique en Haïti”, *Conjonction* [n. 7], p. 60.

Por su parte, la pintura *naïve* participó de manera extraordinaria en el redescubrimiento de lo popular, lo folklórico o de lo que suele llamarse el color local. La pintura *naïve* nació precisamente a partir de la creación del Centro de Arte en 1944 bajo la presidencia de Elie Lescot. Esto no quiere decir que antes no hubiera producción pictórica en el país. Bajo el reinado de Henri Christophe y la presidencia de Pétion a inicios del siglo XIX, pintores extranjeros vinieron a enseñar. La pintura formó parte del programa de enseñanza. En el transcurso del siglo XIX, la enseñanza de la pintura en las escuelas religiosas (en particular) fue un hecho. Sin embargo, el auge de la pintura *naïve* se realizó a partir del movimiento indigenista. El credo de esta nueva escuela fue: *a)* abrir la pintura haitiana a la modernidad; y *b)* “haitianizar” las fuentes de inspiración.⁵⁹

En cuanto a la emergencia de la voz popular en la literatura haitiana, cabe recalcar el uso de la lengua criolla en la producción poética. A partir del indigenismo, el criollo viene a ocupar un sitio esencial en la estética literaria. La lengua francesa ya no fue utilizada como en el pasado. Se hizo un tipo de sincretismo lingüístico entre ambas lenguas (haitiana y francesa). Las novelas campesinas llevan el sello de este tipo de simbiosis lingüística. Ciertos autores hablan de un tipo de nacionalismo literario en donde lo local ocupa un papel fundamental. De hecho, una de las innovaciones estéticas del indigenismo fue dar al criollo un nuevo impulso, a partir del cual, los escritores empiezan a escribir en créole, a evocar mitos y tradiciones.

Sin embargo, todos estos cambios se hicieron a partir de la recuperación de las tradiciones, las costumbres que se vinculan con el África-madre, puesto que según el indigenismo, la identidad haitiana se plantea en términos de su relación con África. Las herencias etnoculturales africanas en el país fueron sobrevaloradas. El África a la cual se refirieron los escritores indigenistas fue un África mítica, legendaria, porque los haitianos no conocieron el África real, el África histórica. Hubo que esperar a los años sesenta para conocer el África real, a partir del exilio en el continente de numerosos haitianos. Desde entonces, los novelistas empezaron a escribir narraciones sobre el continente. Georges Dorsainvil escribió un conjunto de novelas sobre la vida cotidiana africana lo que permitió a los haitianos acercarse de este modo al África histórica, un África que sólo conocían a través de sus mitos, sus leyendas, sus cuentos etcétera.

⁵⁹ Carlo Avierl Celius, “Modernité artistique en Haïti”, en *Haïti au toit de la Grande Arche*, catálogo de la exposición homónima, París, septiembre de 1998.

Conclusión

EL indigenismo haitiano, como lo resalta Lyonel Trouillot, fue una de las grandes ideologías del siglo xx. Surgido como reacción intelectual y estética a la ocupación norteamericana, coincidió con la forma más acabada del nacionalismo haitiano, por lo que expresó la voluntad de la liberación nacional contra una potencia extranjera. Por lo tanto, estableció una relación estrecha entre la cultura nacional y la lucha de liberación nacional. La necesidad de enfrentar la ocupación norteamericana permitió el redescubrimiento de la voz popular mediante su cultura: tradiciones, cuentos, canciones populares, leyendas, mitos, fábulas y su lengua. Durante largo tiempo, la élite intelectual se había enorgullecido de su cultura latina, devaluando la cultura popular y rechazando todo lo que vino del pueblo.

Sin embargo, el movimiento indigenista cambió la percepción que los intelectuales tuvieron del país y de su cultura. Gracias a ésta, lucharon contra la ocupación militar. Después del fracaso de la revuelta armada, la lucha se dio en el terreno de la cultura. Podemos ver la importancia de la cultura popular en algunos revolucionarios. En África, Amílcar Cabral reconoció el papel motor de la cultura en la liberación nacional. En su libro *Les damnés de la terre*, Frantz Fanon enfatiza la relación entre la cultura y la lucha por la liberación nacional. Dicha liberación debe apuntar hacia la defensa y lustre de los valores nacionales. Al respecto, Homi K. Bhabha destaca que “Fanon reconoce la importancia crucial, para pueblos subordinados, de afirmar sus tradiciones culturales indígenas y recuperar sus historias reprimidas”.⁶⁰

Por eso, la creación intelectual parte de la cultura popular. En el siglo xix, las tradiciones nacionales fueron estigmatizadas y consideradas como fuente de primitivismo, barbarie y salvajismo. Con el cambio de mirada que provocó el indigenismo, los intelectuales utilizan las tradiciones como fuente de creación. A inicios del siglo xx, hubo una tímida tendencia hacia su uso en las novelas realistas. Con el indigenismo, las tradiciones populares se convierten en portadoras de inspiración y creación artística. Jacques Stephen Alexis es uno de los novelistas que explotaron con mucha originalidad las tradiciones orales nacionales. Sus cuentos parten precisamente del rico patrimonio folklórico.

Pese a todos los aportes del indigenismo, su articulación en los diferentes ámbitos (políticos, sociales y culturales) plantea muchos problemas. La ideología colorista de Duvalier hizo que muchos autores se

⁶⁰ Homi K. Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002, p. 26.

desligaran de su horizonte. Durante el duvalierismo, el indigenismo fue la referencia para tomar el poder. A través de la revista *Les Griots*, dotada de una vocación científica, Duvalier instrumentó el movimiento indigenista y sus grandes ideales a tal punto que su teórico Jean Price-Mars se vio obligado a denunciarlo como una perversión del totalitarismo de Duvalier. Si el marxismo dio lugar a Stalin, la perversión ideológica y populista del indigenismo dio nacimiento a Duvalier.

Sin embargo, hay que resaltar también que uno de los límites del indigenismo haitiano fue enfatizar demasiado las herencias etnoculturales africanas sin ver que la realidad cultural nacional también había sido marcada por los aportes de diversas tradiciones. Es por eso que en 1959, Jean Price-Mars resaltó que la cultura haitiana estaba formada por aportaciones europeas. Esta aseveración le permitió distanciarse de un enfoque totalmente afrocéntrico. En la misma época, muchos otros autores haitianos reconocieron que la cultura nacional remite a los aportes africanos, europeos e indígenas. Jacques Stephen Alexis muestra que la cultura nacional se constituye de estos aportes.⁶¹ Hablando de Alexis, Max Dominique destaca que “frente al determinismo racial y la concepción esencialista y estática de la cultura, articula una visión dinámica de ‘entrecruzamiento’, de unificación progresiva, de la ‘fusión’ a través de diferentes aportes culturales”.⁶² Muchos otros autores se distancian del esencialismo cultural indigenista para mostrar la diversidad cultural nacional haitiana.⁶³ Es el caso de los escritores de *Haiti Littéraire*, quienes criticaron el indigenismo y la negritud por su postura culturalista.⁶⁴ El espiralismo de Franketienne también puede inscribirse en esta crítica contra el indigenismo. Este autor se propone escapar a toda reducción culturalista y pretende construir una obra que sea expresión de una estética abierta dentro de una perspectiva culturalista. Se trata de la estética del caos en donde la frontera entre los géneros desaparece.

⁶¹ Jacques Stephen Alexis, “La cultura haitiana”, en Johanna von Grafenstein, *Haití*, México, Instituto Mora/Universidad de Guadalajara/Nueva Imagen, 1989, tomo II, p. 312.

⁶² Dominique, *Esquisses critiques* [n. 39], p. 85.

⁶³ Pensamos que el concepto *pueblo nuevo* tal como lo concibe Darcy Ribeiro puede ser aplicado al pueblo haitiano como el antropólogo J. Jesús María Serna Moreno lo aplica a Cuba. Los pueblos nuevos son los que se formaron por la dialéctica de las civilizaciones europeas, africanas y prehispánicas. Véase Darcy Ribeiro, *Configuraciones*, México, SepSeptentas, 1972; J. Jesús María Serna Moreno, *Cuba: un pueblo nuevo. herencias etnoculturales de los indígenas en la región oriental*, México, CCYDEL-UNAM, 2007.

⁶⁴ Véase “Les jeunes poètes de ‘Haiti Littéraire’”, *Rond Point* (Puerto Príncipe), núm. 12 (1963).

Finalmente cabe subrayar que el indigenismo haitiano anunció la negritud, que tendrá un alcance mucho más universal y general a partir de los años treinta. Reúne a intelectuales negros de cualquier punto del planeta. Es el grito de unión más allá de sus países de todos los negros oprimidos.⁶⁵ Es el reconocimiento de ser negro y la aceptación de esta situación. Es asimismo la revaloración de la civilización africana y su afirmación como una dimensión fundamental de la negritud. Poetas como Leopoldo Senghor y Aimé Césaire reconocieron que en Haití nació la negritud. Esta idea se relaciona con la historia de la independencia del país y con el indigenismo. En este sentido, el indigenismo no se opone a la negritud. Son dos movimientos que consideran a África como la cuna de la civilización negra y la fuente de su orgullo, su identidad y su cultura. Por consiguiente, el indigenismo y la negritud son dos movimientos culturales que se completan y que permiten repensar la relación entre los negros y su *alma mater*, África. Pese a su fuerza de atracción, el indigenismo y la negritud serán criticados por Édouard Glissant con sus conceptos *criollización* y *antillanidad*⁶⁶ y por Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant y Jean Bernabé con el movimiento de la creolidad.⁶⁷

⁶⁵ Véase Rosa María Villarello Reza, *Negritud y colonialismo cultural en África*, México, FCPYS-UNAM, 1975.

⁶⁶ Glissant, *Le discours antillais* [n. 9].

⁶⁷ Patrick Chamoiseau y Raphaël Confiant, *Lettres créoles*, París, Gallimard, 1999.